

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

*DE BARCELONA*

EN LA PÚBLICA RECEPCIÓN DE

D. FRANCISCO UBACH Y VINYETA

EL DÍA 18 DE MARZO DE 1888



BARCELONA

IMPRENTA DE JAIME JEPÚS Y ROVIRALTA

*Calle del Notariado, número 9*

1888

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

*DE BARCELONA*

EN LA PÚBLICA RECEPCIÓN DE

D. FRANCISCO UBACH Y VINYETA

*EL DÍA 18 DE MARZO DE 1888*



BARCELONA

IMPRENTA DE JAIME JEPÚS Y ROVIRALTA

*Calle del Notariado, número 9*

1888

DISCURSO

DEL

SR. D. FRANCISCO UBACH Y VINYETA

## SEÑORES:

Deuda de gratitud, plausible cuanto difícil de cumplir, llévame en este solemne acto á dirigiros mi humilde palabra, que nunca como hoy he de lamentar no sea prodigadora de más valiosos dones que los cosechables en mi reducida y poco fértil inteligencia. Y en verdad que entre vosotros al hallarse quien antes de ahora os admiró á los más en vuestras obras, espléndida manifestación de los caudales de sabiduría que entre todos atesoráis; medroso el corazón, vacilante la mente, preguntase á sí mismo si debe cerrar los ojos á la deslumbradora luz de que es foco esta sabia Academia, para no reconocer á sus resplandores la propia pequeñez ó, amparándose en la franca y leal benevolencia que á los talentos priverligiados acompaña siempre, rendirse gozoso á merced tanta, con firme propósito de meritarse luego aquellos timbres imprescindibles para figurar dignamente en esta Asamblea, aun cuando sea en su último lugar, único que á mí corresponderme puede.

Mas la indecisión fué breve. Los que sacasteis mi nombre del olvido para llenar una sensible vacante; aquellos de

entre vosotros que á su iniciativa os adheristeis luego, y todos después, aceptando la propuesta, acreedores os hicisteis al reconocimiento del humilde poeta historiador, y mal hubiera yo correspondido á vuestro llamamiento si, ahogando por modestia mis anhelos, desatendiera ineludibles deberes de cortesía.

Y heme aquí, heme aquí tal como van cumplidos cuatro lustros vine á la vida de las letras, despertando á la voz del Consistorio de nuestros Juegos Florales, á los cuales tanto debe la región catalana y aun la nación entera, pues al fin y al cabo española es Cataluña. Heme aquí con mi ardiente entusiasmo por todo lo que se refiere y atañe á la tierra en que ví la luz primera; con este amor que me hizo poeta, que en los tiempos que alcanzamos y en las vicisitudes que corremos equivale á decir juglar propagador de nobles y justísimos ideales, que dos siglos de ostracismo no han podido acabar con ellos. Heme junto á este sillón vacío, que no podréis mirar en adelante sin recordar al eximio escritor, al inspirado vate que en rotundas estrofas de castiza frase y gigánteo aliento lloró los sinsabores de la patria, para más avivar los entusiasmos de cuantos en la *voz de las ruinas* reconocieron la de su propia madre. Aquí os acompañó en vuestras provechosas tareas; aquí su palabra fácil, su juicio exacto y su saber extenso patentizaron repetidas veces los alcances de su singular y clara inteligencia. Mucho ha perdido la Real Academia de Buenas Letras, al pagar á la naturaleza el común tributo su dignísimo socio numerario D. Adolfo Blanch y Cortada; pues si, por el excepcional valer de sus soberbios arranques de lírica catalana, logró figurar entre los más renombrados impulsores de su feliz encumbramiento, mereciase también el aplauso de cuantos se interesan por el bien del país, saliendo en razonados escritos de economía industrial y mercantil á la defensa del

trabajo de la nación, cuyo próspero desarrollo estimaba por el más opimo de los frutos del regionalismo. Cooperó muy eficazmente, junto con el ilustre historiador crítico de Cataluña D. Antonio de Bofarull, al fomento de la lengua catalana con la ordenación de una gramática, trabajo tal vez único en su clase producido hasta el presente por nuestra restauración literaria; y finalmente, entre otros escritos de diversa índole, débese á su pluma y á su patriotismo la primera Historia de la guerra de la Independencia en nuestro Principado, interesante libro perpetuador de los sacrificios y heroicidades con que á principios del siglo actual demostró Cataluña su adhesión á la nacionalidad española, desmintiendo solemnemente á la faz del mundo á cuantos, al historiar su pasado, interpretan erróneamente el acendrado apego que manifestara, cuantas veces fué preciso, á las instituciones de que se originaron su antiguo poder y su grandeza.

No sin fundamento pudiérase sospechar si impulsó á Blanch á tan laudable propósito, la consideración de que, por carecer de una relación minuciosamente detallada de los hechos con que los hijos del Principado coadyuvaron al éxito de aquella guerra, resultaría luego en la Historia nacional disminuído y pálido su esfuerzo, mal reconocida su constancia y anulado su patriotismo.

Nada más natural que este supuesto. No pocas veces, al hojear la Historia general de España, ávidos de conocer la parte que llenan de ella los hombres y los hechos del Principado catalán, que ciertamente no son en número pocos ni en importancia escasos, dolorosa impresión hemos llevado de aquellas que debieran ser agradables lecturas, ya que en vez de acusarnos los justificantes de nuestro acendrado españolismo, hallamos en la mayoría de los historiadores tergiversados los acontecimientos, cuando no omitidos, en per-

juicio de los méritos aportados á la gloria común de la nación por aquellos que les cupo en suerte nacer aquende el Ebro. Consecuencia estos vacíos y alteraciones, de la inquina que, en determinados períodos, moviera la aduladora pluma de historiadores que no acertaron sustraerse al oropel de la popularidad y al servilismo de las protecciones, resulta en nuestra Historia general la veracidad atropellada, la importancia disminuída, con menosprecio de gloriosos hechos que debieran contribuir á estrechar más y más el haz de los pueblos que el amoroso lazo del *Tanto monta* uniera en memorable día.

¿Y en qué razon se funda, de qué principio emana este desvío, esta antipatriótica repulsión, impolítica antes como ahora, por lo atentatoria que es en sí al españolismo regional?

Dispersada riberas del Guadalete por los sectarios del Profeta la gran familia española, como caravana por el simoun sorprendida en el desierto, amparáronse de los montes aquellos que de la ruina del imperio godo alcanzaron salvar, ya no el cetro del rey, sí tan sólo la esteva del labriego y la espada del soldado. Al *finis Hispaniæ* de las taifas musulmicas, respondió en las cumbres pirenaicas la trompa montañesa para no cesar en nueve siglos de enardecer á los héroes de la Reconquista, que por Asturias, Aragón y Cataluña se desprendieron á la tierra baja, cual fuentes para ser ríos y ríos para ser mares, hasta confundirse en uno solo, nuevo Atlántico que envolvió en sus olas y sepultó para siempre en sus profundidades la dominación árabe en nuestra Península. Raíces fueron de aquel árbol, cuyas ramas debían extenderse más allá del viejo mundo, Oviedo, Huesca y Gerona. Castellana despertó Toledo de su esclavitud. Princesa de los condados catalanes, Barcelona. Lauros del gran Fernando fueron Córdoba y Sevilla, á la vez que Ma-

llorea y Valencia lo eran de aquel príncipe que mereció de la posteridad el renombre de *Conquistador*; y mientras el león castellano agregaba á la madre patria aquella sarta de bellísimas ciudades, espléndidas flores de los cármenes andaluces, cuya pérdida aun después de cuatro siglos llora el árabe en las ardientes soledades de la Libia, las huestes de los condes-reyes, así en la riente Italia, como en la costa donde lame la ola la tumba de Cartago, y en el mismo imperio de Oriente, convertían en mojones del poderío español las rojas barras de su triunfante y libertadora enseña.

Sustraída por entero al dominio mahometano, una fué España nueva vez, libre é independiente, sin que hubiese entre los pueblos que la constituyen sojuzgados ni opresores; pues como antes habíanse unido en la frente de un Santo las coronas de León y de Castilla, y en amorosa coyunda, por la Iglesia bendecida, los cetros de Aragón y Cataluña, así los herederos de ambas monarquías consumaron la unidad nacional, presentándola al júbilo de sus respectivos pueblos, y á la admiración del mundo, en un pendón que avaloran los símbolos heráldicos de la primera sobre los colores jamás oscurecidos del de la segunda, y bajo sus pliegues viéronlos ya españoles todos, las llanuras de Otumba, los muros de Pavía y las aguas de Lepanto, sin que de la sangre en ellos prodigada, ni de la gloria á su costa merecida, ocurriese á vencedores ni á vencidos buscar cuánta y cuál fué la del león castellano, ni si era más ó mejor la de los hijos del Montserrat y el Moncayo.

No existen, pues, ó no deben existir en la gran familia hispana, hijos preferidos ni malhadadas cenicientas, y en hora menguada cuantos en pró de aquéllos movieron la pluma y emplearon sus talentos, han pretendido con su mudez legar al olvido los preclaros hechos de que la madre patria es deudora á los por ellos excluidos en la participación



de su gloriosa herencia. ¡Cómo si no hubiese medio de enaltecer sin deprimir, y el rescoldo del hogar debiera alimentarse del calor de fratricidas odios!

Malísima impresión vino á mortificarnos al dar con las primeras de las omisiones que lamentamos, en los textos del Padre Mariana y de Lafuente, autores que, por ser los que más han contribuído á popularizar nuestra Historia general, bastan, y desgraciadamente sobran aún, para la demostración de nuestros asertos; mas la respetabilidad de ambos historiógrafos, su carácter, la veracidad de sus narraciones, abundantemente comprobada, moviéronnos á considerar aquellas omisiones involuntario olvido en la ordenación de materias para la obra, desconocimiento acaso de un texto raro, fuera de su alcance al redactar el capítulo que debiera referírsele, ó bien otra imprevista circunstancia de aquellas á que ni al más erudito y concienzudo escritor le es dado sustraerse por completo. Tomamos interés en conservar á uno y otro autor en el buen concepto que hasta aquella ocasión habíamos merecido, y proseguimos en nuestra investigadora tarea; pero fuímonos convenciendo, cuanto más avanzábamos en ella, de que, si cual dijo Thiers, ha de ser la verdad el fin y el deber del historiador escrupuloso y veraz, el docto Padre Mariana, por más castellano que español, pecó de parcialismo, y el conspicuo Lafuente, en vez de enmendar á aquél, peca y reincide infinidad de veces, descubriéndose en su narración, aun á través de las ricas galas de estilo y de dicción que la avaloran, la lamentable antipatía que al referirse á los catalanes arrastra á menudo su pluma y perturba su criterio.

Audaz ha de pareceros, señores académicos, mi empeño en llamar á juicio á las dos lumbreras de nuestra Historia nacional; mas hoy que la idea regionalista, iluminando con el foco de la verdad las nebulosidades del pasado, se esfuer-

za en reconocer el perdido sendero de la gloria para llevar á él de la mano á la madre España; hoy que las diferentes regiones que constituyen la nación, aleccionadas por la decadencia que las enerva y acaba, tienden á restablecer algo de lo que dos siglos atrás merecía al país lugar bien distinto del en que figura actualmente entre los pueblos que llevan la vanguardia en la senda del progreso, bien ha de haber una voz, por humilde que sea, atrevida lo bastante para proclamar lo que más ó menos sentimos todos y todos nos callamos, esto es: que la Historia general de España, en la acepción de tal, no se puede en absoluto admitir que haya sido aún escrita, por más que existan obras de esta clase que han llegado á ser populares en nuestra nación y estimadas fuera de ella.

Pregunte quien tal dudare á Galicia y á Mallorca, á Navarra y á Valencia, al Rosellón y á Vizcaya; de cuantos Estados constituyeron la España de los Réyes Católicos, uno tan sólo va á reconocer por la propia la historia de los autores que llevamos citados, mientras los demás, tan españoles como aquél, formularán sin duda razonadas enmiendas al espíritu que la informa y á los hechos que la integran. Larga serie de vindicaciones recojeránse; importantes omisiones y errores de concepto, sumados á leoninos juicios—si me permitís la frase—evidenciarán con cuánta impropiedad venimos llamando Historia de la nación á la que se escribió únicamente con la mira de enaltecer cierta parte de ella en perjuicio del resto, procediendo con la justicia del rústico que, para dar mayor altura al árbol de su preferencia, abate cuantos á su alrededor alcanzan su misma altura.

Infel espejo las páginas de Mariana y de Lafuente, que así, según da en ellas la luz de la verdad, modifican las proporciones y velan los detalles de los objetos que en su lámina se retratan, no puede Cataluña reconocer en él, por

más que concentre la atención y fije la mirada, las líneas que acusan su peculiar fisonomía, los rasgos distintivos de su carácter, la expresión que divulga sus sentimientos. La adulteración del azogado altera los efectos de la reflexividad y empaña la tersura del cristal: vuélvense las páginas del libro una tras otra, desfilan los personajes, sucédense los acontecimientos; mas la fría razón que analiza unos y otros, descubre en los hombres algo que no es constitutivo de su raza, mucho en los procederes que choca con su manera de sentir y de portarse, y apártase con indignación del mentidor espejo que tan bastardeada la ofrece á los juicios de la posteridad, protestando de que la regateen méritos legítima y honrosamente adquiridos, al paso que se la acusa de defectos que nunca la han afeado.

Sí, señores académicos, la pluma de Mariana y de Lafuente no supo ó no quiso trazar la Historia de nuestra nación; sólo nos legaron la de la España castellana. Para uno y otro, la genealogía de los reyes de Castilla, las vicisitudes de su pueblo á través de las edades, las virtudes que ennoblecen á sus hijos, su civilizadora influencia y la huella de su planta, así en el Viejo como en el Nuevo Mundo, forman el cuerpo de la Historia nacional. Cuanto se refiere á los demás Estados que en la Península se encierran, considéranlo pequeños incidentes de la misma y hacen mención de ellos por lo poco ó mucho que con aquélla se relacionan, aun siempre y cuando por la comparación ú otro concepto cualquiera, no pueda redundarle desmerecimiento alguno. Cree Mariana con la mayor buena fé en la preeminencia de la región castellana entre las otras sus hermanas, lo cual, no solamente deja traslucir repetidas veces en su texto, sino que lo sienta lisa y llanamente como una verdad tan incontrovertible que, esperando no ha de haber siquiera quien la ponga en duda, prescinde por completo de las razones en que apo-

ya tan categórica afirmación. Mas nosotros, ni aun en la carta geográfica, supuesto que allí la buscara el docto jesuita, podemos dar con aquella preeminencia, pues ni antes, ni en la época de su referencia sabemos hallar en los Estados y en los súbditos de la Corona aragonesa, la relativa inferioridad de territorio y población. Como es difícil, si no imposible, establecer comparaciones sin que resulte de ellas disparidad mortificable para uno ú otro de los comparados, nos abstendremos de descender hasta tal extremo á desvanecer la ilusión del buen Padre. Estimamos nuestro afecto á Cataluña por tan grande, á lo menos, como el que sentir pudiese por su patria Mariana, y sin embargo, no atentaremos á disminuir en un ápice la importancia de las glorias nacionales, antes al contrario, censuraremos siempre que no las aumentara sumándoles las de la tierra en que nacimos, que al fin y al cabo tan españolas son como las que más.

Grave y de lamentar es que Mariana en su obra procediera contra la región catalana con parcialidad tan manifiesta, á pesar de sus luces y su carácter; de lamentar es que aquéllas no le facilitaran el más exacto conocimiento de los hombres y los hechos de que escribió, á la vez que la escrupulosidad de conciencia, que por lo sagrado de su ministerio ha de suponérsele, no le obligara á consignar lo que calla, á esclarecer lo que vela; pues por ser su Historia general de España la primera obra en su clase nacida á la publicidad, llegó á popularizar dentro de la nación, é hizo cundir fuera de ella, los erróneos conceptos de su inquina inexcusable. Quien escribe de Gerión y Atlas, de Hércules y de Hispalo, dando fé en sendos capítulos de su paso por la historia, bien pudiera consignar que el fundador de la orden de Calatrava, Raimundo Abad de Fitero, fué catalán, como Dalmacio de Creixell, cuya inteligente estrategia movió en la batalla de las Navas los ejércitos de tres reyes, logrando

con el triunfo que planta mahometana volviera á hollar jamás el suelo castellano, y asimismo aquel conde de Urgel, quien siglos antes que Hernando Pérez del Pulgar clavara el cartel del Ave María en la mezquita de Granada, llevó de vencida en singular combate á los enemigos del nombre cristiano, hasta encerrarlos en la ciudad de los Califas, arrancando las aldabas de sus puertas, para que en las de Santa Maria la Antigua, de Valladolid, atestiguaran á la posteridad su temerario arrojó. Déjase también de leer en Mariana que, antes de verificarlo Cortés en Méjico, destruyó Muntaner sus naves en Oriente, para desvanecer en los de su compañía toda esperanza de retirada ante el peligro. La heroicidad del cónsul Juan Blancas en Perpiñán, tal vez más excepcional que la de Guzmán en Tarifa; la cívica entereza de Fivaller en pró de los fueros populares; el asesinato de Jaime de Urgel en el castillo de Játiva, por los hijos de Fernando de Antequera; la decisiva cooperación de los estados aragoneses en el descubrimiento de la América; y, por fin, tantos otros importantes acontecimientos de nuestra epopeya regional omite en su Historia general de España, unos de levantado espíritu de raza, y de suma trascendencia política otros, que nunca, por lo que á ella se refiere, podrá admitirla como á tal la desairada Cataluña.

Alguien dijo que la pluma de Mariana se adelantó á su tiempo, y efectivamente, escribiendo á mediados del siglo xvi, parece ya influida por las aviesas miras de la córte de Felipe IV. En cambio, de Lafuente pudiera decirse que se retrasó, pues más que con el espíritu de su época, trata de los catalanes cual lo hiciera el más furibundo apologista de los Borbones, á comienzos del pasado siglo. Y ciertamente no era de esperar que así procediese quien, rindiendo culto á las ideas liberales que van transformando por completo en su manera de ser á la vieja Europa, clama contra toda for-

ma de opresión, sea en el terreno de los hechos, sea en los dominios del pensamiento; impreca con generosa indignación á los corifeos de todo exclusivismo, y con la magia del estilo y la brillantez de dicción que le son propias, intenta en su obra llevar al ánimo de cuantos le leen la regeneradora corriente de la sana democracia que señorea por completo en su corazón y en sus ideales.

Extraño fenómeno descubre por cierto el paciente observador en la monumental Historia de España de Lafuente, pues vanamente se esfuerza por hallar de qué razón proviene la discrepancia existente entre su criterio amplio y justo por lo general, como de quien profesa sus ideas y posee sus luces, y su desatentada animosidad hacia cuanto honra y enaltece á nuestro Principado. Ni aun alcanza á dar razón de semejante anomalía la escasez de estudios regionales disponibles, que pudiera ser un atenuante en Mariana; pues tantos y tales eran ya los existentes cuando Lafuente redactó su obra, que de su conjunto resulta completamente conocida sin interrupción de continuidad nuestra historia patria, y de muchas de sus épocas minuciosamente esclarecidos los hechos, así como las causas que los originan y las consecuencias que les suceden. ¿Cómo, pues, Lafuente, que escribe tres siglos más tarde que Mariana, no pone mano en la laudable tarea de corregir los vicios de que adolece el que sentó los fundamentos de nuestra Historia nacional? Verdaderamente es de sentir que su obra, cuyos ejemplares circulan en crecido número, tanto en Europa como en América, no sólo haya dejado de volver por los fueros de la verdad, sino que, por aquello de que quien calla otorga, ratifique y dé por no sucedido cuanto se altera ú omite en la obra de su predecesor. Así resulta que, siendo común á los dos la falta, aumenta en el último la gravedad, por la mayor latitud de su Historia y divulgación de la materia, tanto más habiendo

alcanzado la privativa entre el que puede llamarse vulgo ilustrado, puesto que lee, aunque no estudia, y acepta crédulo cuanto por digno de fé la pluma del historiador le ofrece. Cuantos saben de Historia sólo lo que aquel plugo decirles, erróneo concepto llevan del pasado de Cataluña; engañados quedan respecto á su participación en la Historia general, con menoscabo del amor al país, que así se acrecienta cuanto de más virtudes se la reconoce ilustrada y de dignos varones ennoblecida, y detrimento de la segunda, cuya importancia amengua cuanta tienen los acontecimientos de que en la narración se la despoja.

La hazaña de las aldabas de Armengol de Urgel; la destrucción de las naves por Ramón Muntaner, en Oriente, y la sublime abnegación de Blancas en Perpiñán, al preferir la libertad de la patria á la vida del hijo, se buscan por demás también en Lafuente. Apenas si recuerda en la batalla de las Navas, que describe extensamente, el nombre de Creixell, sin consignar que era catalán y que á su pericia debió Castilla el salvarse de una inminente y total ruina. Digno de castigo por su arrogancia y desacato al rey, considera á Fivaller. Cébase en el infortunio del último conde de Urgel, suprimiendo su asesinato y calificando de entereza la crueldad de su vencedor. Ninguna participación reconoce á los súbditos de Fernando *el Católico* en el descubrimiento del Nuevo Mundo, aun cuando de sus arcas salieron los fondos con que Colón llevóle á feliz término; en memoria de lo cual, con el oro que la primera expedición trajera á España, mandó el rey dorar uno de los salones de la Aljafería. Otro personaje usurpa en su obra al tortosinó Aldana la gloria de haber rendido prisionero en Pavía al rey Francisco I de Francia; y mientras reconoce á Juan de Padilla por un noble caballero, como en verdad lo fué, capitán de levantados propósitos; digno de mejor fin del que le deparó la suerte, y

la causa de las Comunidades de Castilla, la más justa, la más santa, por cuya defensa puede un pueblo esgrimir las armas contra su rey y señor; Clarís fué un ambicioso, un turbulento fanático, poco respetuoso con su superior jerárquico, que exaltaba con sus peroratas á un pueblo de carácter vidrioso y levantisco; exagerado aquél en el cumplimiento de los deberes que su cargo le imponía, y con dudosa razón el segundo para protestar de los desafueros de un ministro que le oprimía y de un rey que lo toleraba.

No es poca, señores académicos, la extensión que alcanzar pudiera este cargo de deficiencias, á continuar toda la serie de las que hemos acertado á descubrir en la obra de Lafuente, aun con no ser nuestro estudio nada minucioso ni á tal fin encaminado; mas con otra hemos de ponerle término, que prueba por sí solo la aversión del ilustre historiador á Cataluña, y que puede llamarse confesión de parte en favor de la tesis que sustentamos. Referímonos á la narración de los hechos de la guerra de sucesión en el Principado, y al juicio que de ellos emite. Sin rodeo alguno llama á los catalanes sediciosos y rebeldes, negándoles razón y derecho para proceder cual hicieron, pues no se levantaron, según su parecer, como otras veces, en defensa y vindicación de sus fueros atropellados y escarnecidos, porque Felipe V no había atentado contra ellos; por eso dice no poder justificar ni considerar la que apellida rebelión del siglo XVIII, como la que califica de revolución del siglo anterior. ¡Así se escribe la Historia! Para quien lea á Lafuente, el nieto de Luis XIV no cometió desafuero alguno; delito fué el amor de Cataluña á sus venerandas leyes; y el castigo que le impuso el ofendido monarca, un rasgo de templanza, pues dispuso que sus fueros y privilegios se redujeran á las leyes de Castilla sin diferencia alguna en nada. ¡Sublévase la razón ante tamañas falsedades! Quien escribe que al advenimiento de los



Borbones al trono español se hallaba el pueblo tan avezado á la servidumbre del poder ilimitado de los reyes, que habia ya llegado á formarse un hábito de ciega sumisión, que sin duda le parecía el estado natural de los pueblos, no puede, no debe injuriar á los catalanes, cual hace Lafuente, incluyéndoles en la masa de estos pueblos desdichados que azuzaba el déspota contra los que no habían descendido á tanta degradación, disfrazando la verdad con el ropaje de sus particulares afecciones, que bien deja ver de qué lado se inclinan, cuando arrastrado de las mismas, y en menoscabo de la imparcialidad, cuya observancia es tal vez la primera de las cualidades que legitiman la verdadera Historia, se permite llamar *nuestras tropas* á las del rey Felipe, que equivale á sentar plaza en sus filas ó hacer extranjeros á los catalanes, y consigna que á la terminación de aquella desastrosa guerra, Sicilia, Nápoles y Cerdeña dejan de pertenecer á la Corona de Castilla.

El pueblo al que Felipe V arrebató sus fueros, probó con la heroica defensa que de los mismos hizo contra las Coronas de España y Francia coligadas, que no reza con él, el hábito de torpe sumisión al absoluto poder de la Corona de que hace mérito, ni su estado natural era el de la vil servidumbre. Tal hubiera sido, á no protestar contra el despotismo de quien faltaba á las leyes del país antes de legalizar su posesión del mismo, y burlaba su cumplimiento luego de jurar guardarlas y hacerlas guardar. No faltó razón ni derecho en quienes combatieron la tiranía, ni hubo templanza por parte del que se cebó en el vencido, abandonado á sus vengativas iras por el egoísmo de las potencias europeas, ni jamás pertenecieron á Castilla los Estados con cuya cesión pagó en parte á las naciones contrincantes el reconocimiento de una soberanía arrebatada artificioosamente á un rey pusilánime en los estertores de la agonía.

Dispensadnos, señores, si en nuestro deseo de volver por los fueros de la verdad atropellada nos hemos excedido. Por español tenémonos, y duélenos en extremo cuanto tiende á disminuir el tesoro de las glorias nacionales, desnaturalizando ó aboliendo las de la región catalana. Nunca al extranjero elogio del Cid, y de Pelayo permaneció insensible nuestro corazón: siempre han sido para nosotros Roncesvalles y Otumba valiosos títulos de la grandeza patria; mas á la par de los primeros, estimamos dignos de loa á Roger de Lauria y Berenguer *el Grande*; y en nada inferiores á los segundos Panissars y Santa Ponza; todos, todos pertenecen á una nación misma; unos y otros completan su historia, y quien por igual no los aprecia, haciendo de ellos parte á la fama y parte al olvido; quien habla de la nación en general, al apreciar las causas que determinan su decadencia, y calla la región por donde afluyen á ella las corrientes de prosperidad y de cultura que tal vez alcancen regenerarla, y al censurar la quijotesca política que derrochó las fabulosas riquezas del Nuevo Mundo, no estudia cuán provechosa hubiera sido á España seguir la política aragonesa encaminada al afianzamiento de su predominio en el Mediterráneo y su influencia en Europa, no procede, ni mucho menos, cual era de esperar de su integridad y su patriotismo, ni se puede en conciencia aceptar como buena su obra, por el marcado espíritu de aversión que entraña.

Pudiérase objetar, en disculpa de Mariana y de Lafuente, si el latente desafecto á la región catalana que en los textos de uno y otro se descubre, más que de ellos, fué achaque de su tiempo, toda vez que ya desde la unión de Castilla y de Aragón se extiende y arraiga en los Estados que formaron aquel reino, la idea de una superioridad para sus naturales poco menos que incuestionable. Su situación geográfica en el corazón de la Península, que decidió á la Corona á fijar

en ella su corte, atrajo y concentró en la misma la vida oficial de la nación, que aumentó en importancia y magnificencia cuanta sumaron el conjunto de los pueblos unificados. Negociado vino á ser aquel centro, donde acudían los embajadores de los monarcas á tratar del bien de sus pueblos, y cuartel de virreyes que llevaban la representación del príncipe á las provincias que fueron reinos. Afluían allí súplicas y quejas, y se acaudalaban los tributos de Estados que llegaron á verse regidos por monarcas á los cuales jamás vieron el rostro. De allí partían también un día y otro órdenes de imprescindible cumplimiento, disposiciones de universal resonancia; leyes más ó menos conformes con las habitudes de aquellos que debían observarlas; capitanes y almirantes llamados á modificar el mapa de las naciones, y nada más natural, en quienes presenciaban de continuo tantos actos de reverente sumisión, tantas manifestaciones de poderío, que, desvanecidos por aquella atmósfera de grandeza que les rodeaba, se acrecieran en la pretensión, hasta el extremo de ver menguados á cuantos no nacieron en su privilegiado suelo. Y esta jactanciosa creencia de superioridad, transmitida de generación en generación, fué arraigando de tal suerte, que no hubo bien pronto en la región aquella quien no la tuviese por tan cierta como á la mano cerrada llamarla puño. Y dióse entonces en apellidar Coronilla á la que ciñera la frente de Pedro *el Grande* y la de Alfonso *el Sabio* de Aragón, provincianos á los que no moraban en sus ciudades, trono de San Fernando al de la España toda, pendón de Castilla al que lo era de la nación y lengua española á la castellana.

Si á perseguir nos lanzáramos el origen y la falsedad de tan maliciosas invenciones, preciso fuera apartarnos de la senda que de antemano nos propusimos seguir. Basta á nuestro propósito reconocer que aquellas efectivamente

cundieron y arraigaron, prevaleciendo desgraciadamente hasta nuestros días; mas, muy lejos estamos de admitir que disculpen ellas en lo más mínimo á Mariana y á Lafuente, pues no debía alcanzarles, como sin duda no les alcanzó, la perniciosa influencia de tan absurdas preocupaciones. El talento no es patrimonio del vulgo. Ambos escritores supieron elevarse sobre el nivel de sus contemporáneos, y aun cuando sea agravando la mañosa intención de su proceder, fuerza es reconocer en ellos un grado de ilustración tal y una elevación de criterio incompatibles de todo punto con semejantes vulgaridades. Aun hay más: historiadores de tanto aliento como son los dos á quienes nos referimos, cuyas extraordinarias dotes debían llevar su nombre más allá de las fronteras patrias, no sólo venían obligados á no dejarse arrastrar de la ola del engaño, antes debían combatirla; debían oponerle el infranqueable muro de la verdad, donde se estrellara para jamás prevalecer. Desgraciadamente, no lo hicieron. Identificados con la opinión dominante en la región capital, redujeron á los estrechos límites del interés de la misma la Historia general, y á pesar de conocer los cronistas y los archivos del Principado, como prueban repetidas veces, nuestros monumentos y nuestras tradiciones, menguada representación alcanza Cataluña entre los hombres ilustres que su pluma merecidamente elogia. Poco ó nada debe la Ciencia, según ellos lo callan, al talento de los catalanes. Efímera es la importancia de nuestra Literatura. Nulo el fruto cosechado por el Arte en nuestro suelo, y sin embargo, sabios, artistas y escritores cuenta el Principado entre sus hijos, dignos de recordarse por sus obras geniales y alguno de ellos de universal renombre. ¿Cabe, pues, dudar cuál sea la causa originaria de tales defectos en autores de tan lata erudición y claro juicio como Mariana y Lafuente? No, por cierto; que si resultan en ambos brillantemente pro-

badas su paciente investigación, su ciencia y levantada crítica, demuéstrannos, en consecuencia, el apasionamiento que al tratar de determinados períodos históricos influye en sus apreciaciones y atasca ó desvía su valiente pluma.

La Cataluña de los primeros políticos de la Edad Media, que supo conquistar para España el Imperio del Mediterráneo y facilitó al genio de Colón cuanto le fué menester para completar el universo mundo. La Cataluña de los grandes filósofos y los celebérrimos trovadores de la Gaya Ciencia; la que se adelantó á todos los pueblos en la compilación de sus famosos *Usatjes*, y pudo llamarse maestra de naciones por su libro del Consulado del Mar y su Carta geográfica plana, la primera que ha conocido el hombre; la que lleva la iniciativa en prohibir el saqueo y cautiverio de los náufragos; en el establecimiento de Bancos de cambio y seguros marítimos; la que introdujo en España el reloj de torre, la imprenta y el vapor; la Cataluña que puede vanagloriarse de contar entre sus hijos á Vilanova, á Martorell, á Servet y á Fontanella, á Viladomat, á Badía, á Felú, á Campmany y tantos otros varones eminentes, que fuera prolijo mencionarlos; bien otra es por cierto que aquella que aparece en las páginas de Mariana y de Lafuente, satélite, según ellos, que brilla acaso por la prestada luz de otro astro cuya fuerza de atracción le sostiene y vivifica, cuando en realidad le sobran luz y fuerzas para brillar y sostenerse por sí misma.

Concluyamos ya. Si, cual dijo el más grande de los oradores clásicos, debe ser la Historia testimonio del pasado, luz de verdad, despertador de la memoria, maestra de la vida, y su primera condición que no trasmita á la posteridad cosa alguna de falsedad ó engaño, ni la aparte del conocimiento de lo cierto con suposiciones de favor y razonamientos de enemiga traza: si, como sienta un historiador moderno de

universal renombre, en Historia constituyen los hechos el lenguaje de Dios y las opiniones el efímero de los mortales: si hay que aceptar como buena aquella sentencia de la antigüedad que rechaza cuanto escribe quien no sabe aplaudir á los enemigos y censurar á los amigos, cuando se hacen acreedores á ello, fuerza es reconocer que, con respecto á Cataluña, la Historia general de España está aún para escribirse.

HE DICHO.



# CONTESTACIÓN

DEL

SR. D. JOSÉ COROLEU

## SEÑORES:

Un *maestro en gay saber*, vencedor en cien justas poéticas, llama hoy á nuestras puertas, y cuando su genio y su renombre se las abren de par en par, como ruboroso de su mérito, nos pide modestamente que le perdonemos la osadía de justificar su derecho, dirigiéndonos un discurso en correcta y animada prosa castellana.

Al discurso voy á contestar muy brevemente, que no á la disculpa.

A fuer de catalán, y catalán entusiasta, cuya potente imaginación, enardecida al leer las briosas proezas y las excelsas virtudes de nuestros mayores, ha transformado los históricos relatos en embelesadores romances, duélese el señor Ubach—y no sin sobrada razón—del que él juzga sistemático desvío de los historiadores castellanos, respecto á los hombres y á las cosas de la tierra catalana.

Que este silencio es por todo extremo lamentable, no hay que negarlo. Y esto no obstante, aun no me atreviera yo á aseverar que fuese injuriosa y voluntaria preterición lo que quizá no sea las más veces sino consecuencia de la pereza, siempre mal avenida con todo trabajo de científica investigación y con todo inicial estudio.



¡Es tan fácil repetir lo que otros dijeron, sin curarse de averiguar lo que callaron, y dejarse llevar de la corriente, tomando por bueno lo que el vulgo sin discusión acepta! Es una manera muy cómoda de escribir, que evita choques, contrariedades y polémicas, amén de fatigosísimos estudios.

Los verdaderos historiadores, los que escriben buscando en los monumentos, medallas y documentos de otros siglos la luminosa estela que deja en pos de sí toda humana civilización, para describir las instituciones sociales, políticas y religiosas, las creencias, las costumbres, virtudes y defectos de las pasadas generaciones, son, en efecto, muy contados.

Por esto son tan ensalzados los pocos que, no contentándose con reproducir ligeramente modificados los viejos *clichés* que de libro en libro han ido repitiéndose á través de innumerables ediciones, han escrito la Historia teniendo á la vista los documentos fehacientes con cuyo auxilio evocaron del polvo del sepulcro las extinguidas generaciones, haciéndolas revivir tales como existieron cuando poblaban la tierra, llenándola con el tumulto de sus pasiones.

Hay además otra circunstancia que el señor Ubach, en su notoria ilustración, no puede menos de tener en cuenta, y es que esta época nuestra, tan ávida de saber y en la cual se exige al escritor que sea capaz de disertar acerca de todas las cosas y muchas más; es precisamente la menos idónea para ello, á causa del prodigioso desenvolvimiento que han adquirido todas las ciencias.

De aquí que se haya dicho, con muchísimo acierto, que estamos en la época de las monografías. Quizá no se haya llevado nunca tan adelante como ahora la aplicación del principio de la división del trabajo al cultivo de la Ciencia. Los antiquísimos poemas de los primitivos arjos; los ladrillos que en caracteres cuneiformes guardaban escritos los anales de Nínive, y cuyos despedazados fragmentos forman como

un grupo de colinas en la desolada inmensidad del desierto; las hieráticas inscripciones del venerable Egipto; los mutilados restos artísticos de Grecia y Roma; los pergaminos, retablos, códices y armaduras de la Edad Media, son estudiados con ferviente entusiasmo por una infinidad de sabios de todas las naciones. Hay nombres que pasan á la posteridad con aureola de gloria por la traducción de un geroglífico egipcio, ó por la restitución de un texto legal de Gayo ó de Modestino.

Y esta que podríamos llamar nueva evolución científica, no hay duda que ni sospecharla podían los escritores españoles, cuando era uso y costumbre empezar el relato de la Historia nacional parafraseando los capítulos del Génesis donde se cuentan el primer pecado y la dispersión de los hombres al pie de la torre de Babel, que era empezar, si no *ab ovo*, por la manzana del Paraíso. Ni se daba tampoco entonces á la civilización de los pueblos, á su actividad, á su progreso y á sus costumbres la grande importancia que después se les ha otorgado. Bien así como el drama ha venido á democratizar las farsas teatrales excitando hacia toda inmerecida desventura la piedad del público, antaño exclusivamente reservada á los infortunios de los príncipes y semidioses, así también la Historia, descendiendo de su majestuoso pedestal, escuchando la voz de las muchedumbres, repitiendo sus quejas, pintando sus afectos, recordando sus obras. Como el Teatro, la Historia se ha modificado, repudiando el solemne convencionalismo de otros tiempos. En ambos terrenos, el Arte es hoy más *humano*, y porque es más humano es más trascendental y más simpático, á pesar de sus extravíos.

Otra reflexión me sugiere el hermoso discurso de nuestro compañero, y voy á exponerla en concisos términos. En la historia de las sociedades humanas hay épocas normales y

épocas críticas. En las primeras, la Humanidad cree haber encontrado su fórmula definitiva y confórmase con sus consecuencias; en las segundas, realizase un trabajo de laboriosa gestación en las entrañas de la sociedad que, habiendo quebrado los antiguos moldes, abomina de los ídolos que adoró la víspera, como de un degradante fetichismo, y lánzase á velas desplegadas hacia el infinito horizonte, en demanda de un puerto desconocido y velado por la bruma de una medrosa incertidumbre. El carácter propio de las épocas normales es la tranquila beatitud de una sociedad que piensa haber dotado sus instituciones de incommovibles cimientos, y á la cual no es dable sospechar que pueda un día ponerse en tela de juicio la inmutabilidad de sus leyes y sus costumbres. Son épocas de fe intensa y de incondicional adhesión á todas las leyes, teorías y costumbres sancionadas por la augusta majestad de la tradición.

Tal era el estado de la Corona aragonesa á fines del siglo xv.

La sentencia arbitral de Guadalupe había obviado el peligro de un cataclismo social, decretando la emancipación de los siervos de remensa, y todos los Estados de la Confederación se hallaban perfectamente avenidos con el sistema de amplia descentralización política y administrativa que garantizaba su autonómica independencia.

Pero en esto vino el Renacimiento, y con él la pagana resurrección del Cesarismo absorbente y centralizador, y los pueblos, apegados á la cristiãna y federalista tradición de la Edad Media, viéronse arrastrados por el torbellino hacia unos ideales que no comprendían y que, conforme fueron precisándose y ganando terreno, fueron también ahondando el abismo entre la antigua civilización conservadora y la nueva evolución, mensajera de la Reforma y de la Revolución moderna.

Con el triunfo definitivo de la Realeza y la creación de los ejércitos permanentes coincidieron los prodigiosos descubrimientos de los navegantes europeos, que eclipsaron las peregrinas leyendas de la *Atlántida* y el *Vellocino de Oro*; y el pueblo español, embriagado con los triunfos de Garellano, de Pavia, de Lepanto, de San Quintín y de Otumba, dió al olvido las añejas glorias, hasta el punto de tildar de levantiscas é ingobernables á las regiones que reclamaban la incolumidad de sus fueros, invocando el pacto bilateral que el trono había jurado.

La lucha era desigual. El fuerismo sucumbió.

Desde aquel día, las lirás de los poetas y los pinceles de los pintores cantaron y describieron las épicas jornadas de la nueva Era, guardando respecto á la antigua un silencio que parecía sistemático y que, sin embargo, nos explicamos muy bien, aunque no tratemos de justificarlo. Desde aquel día quedó asimismo fundada la unidad nacional, cuya sanción firmaron nuestros padres con sangre de sus venas en los abrasados arenales de África, en los campos de Flandes y de Italia y en los muros inmortales de Gerona y Zaragoza.

Que esto se ha repetido hasta la saciedad; que tenemos otras grandezas más antiguas que recordar; ¿quién lo duda? Pero es un achaque de imperfección de que adolece en varias de sus partes la Historia de España, tal como hoy se escribe y generalmente se enseña. ¿Qué sabemos de la época visigoda y de la dominación sarracena? Casi nada.

Seguro estoy de que no necesitaba un escritor tan discreto como el señor Ubach que le recordásemos estas cosas, como no necesita decirnos que comparte el sentimiento de profunda y cariñosa veneración que á todos nos inspirá el Padre Mariana, el prosista maravilloso cuya opulencia y galanura de estilo engrandecen su nombre poniéndolo á la altura de los del romano Cicerón y el florentino Maquiavelo.

Viniendo á tiempos más modernos, fuerza es confesar que varía la cuestión y el pecado es grave: sobre todo, cuando lo cometen escritores que se pican de despreocupados y blasonan de amantes del Progreso. Pero yo en Dios confío, y en los buenos catalanes como el señor Ubach, que estas omisiones se irán remediando y estas lagunas irán desapareciendo á medida que nosotros, sin acrimonia, pero sin tregua también, nos apliquemos á popularizar las grandezas de la Historia catalano-aragonesa.

Conviene, sí, y conviene mucho, que vates tan inspirados y patricios tan celosos como el señor Ubach, cifren su orgullo en recordar á la presente y á las venideras generaciones los timbres con que se ensalzaron y ennoblecieron nuestros antepasados: cimentando antes y mejor que ningún otro Estado el orden político y social en el caótico período de la Edad Media; dictando un Código mercantil que fué por toda Europa copiado; erigiendo soberbios monumentos religiosos y civiles, cuya majestad y severa elegancia nos suspenden y maravillan; estableciendo unas instituciones políticas que en punto á antigüedad y liberal criterio no tienen rival en los fastos de la Edad Media, y haciendo alarde en sus fiestas palatinas, en sus bibliotecas monacales y en la organización de sus gremios y municipios de una ilustración y cultura muy superiores á las de la mayoría de los pueblos del viejo continente.

Sí, es conveniente, digo más, es indispensable que cuantos han recibido de Dios el don del genio literario, como el señor Ubach, ó el de la estudiosa perserverancia, como otros más modestos investigadores, se apliquen fervorosamente á deshacer los errores, á desvanecer las preocupaciones y á llenar las lagunas que deslucen y menoscaban la Historia nacional en tantísimos libros como andan por ahí en manos de todos, propagando la verdad á medias, cuando no la

mentira ataviada con las galas y el afeite que con harta frecuencia le suministra la desbocada fantasía.

Porque, señores, si hay en España un regionalismo catalán, en la Historia universal de la civilización moderna hay un regionalismo español. Hay hazañas y grandezas, descubrimientos y creaciones que todos los hijos del suelo hispano tenemos el derecho y el deber de reivindicar como nuestros. Y es en este punto la solidaridad tan estrecha, que fuera insensato regatearnos mutuamente la parte que á todos nos toca en las glorias nacionales, como fuera temeraria porfía la de la región española que intentase eximirse de su responsabilidad en los comunes desaciertos. En la colectiva tarea de las naciones en busca de lo verdadero, lo justo y lo bello, España ha prestado á la Humanidad insignes servicios que no son para olvidados, y todos los hijos de esta nación, más heroica que afortunada, tenemos grandísimo interés en que no mengüe en el extranjero el patrimonio de nuestra gloria nacional por efecto de la ignorancia ni á impulsos de la envidia.

Tal es, en gran parte, el cometido que desde su fundación se impuso la Real Academia de Buenas Letras. Y como quiera que el señor Ubach posee en grado eminente el acendrado patriotismo que se necesita para cooperar con provecho á tan alta empresa y además el rarísimo privilegio del numen poético, tan idóneo para popularizar las obras literarias y darles eficacia y prestigio, felicito doblemente á la Academia por la acertada elección que ha hecho, y que de seguro será un fecundo estímulo para impulsar al señor Ubach á perseverar con mayor ahinco, si cabe, en la noble senda que con tanta gloria había emprendido ya en la república de las Letras.

HE DICHO.